

Discurso leído en la Academia Nacional de Medicina el 7 de Agosto de 1929, con motivo de la entrega de los premios correspondientes a los Concursos de 1925, 1926 y 1927.

Las sociedades científicas y literarias desempeñan en la cultura de los pueblos un papel de singular importancia. Son, no solamente, motivos de acercamiento de sus componentes y de estrechamiento de los lazos de compañerismo y de afecto entre quienes persiguen los mismos propósitos. Lo elevado de éstos, que no son otra cosa que el cultivo de la ciencia y del arte, hace de esas instituciones, factores indispensables para el progreso humano.

Nuestras agrupaciones mexicanas, algunas de las cuales como nuestra Academia merecen el dictado de beneméritas, se han esforzado siempre, pese a la vida difícil y en ocasiones precaria que han llevado, en estudiar nuestros problemas, biológicos, sociales, económicos, geográficos, etc., y como testigos de esa meritoria labor guardan nuestras bibliotecas y también las extranjeras (donde no es raro que aquella se aprecie más que aquí) las numerosas publicaciones en las que puede seguirse paso a paso, a pesar de las aseveraciones de los escépticos o de los mal informados, la evolución de la cultura nacional.

Por lo que se refiere en particular a las ciencias médicas, nadie podrá negar la admirable y sostenida contribución que esta Academia ha venido haciendo al conocimiento cada vez mejor de las enfermedades que se observan en México y de los más adecuados recursos para su profilaxis y su tratamiento. Hojeando nuestra venerable "Gaceta Médica" se encontrará ahí, amparadas con las firmas de maestros, que han sido honra y prez de la ciencia mexicana, las más variadas producciones, en que no sólo campean la erudición y el saber, sino se ponen eficazmente al servicio de la investigación de los complejos y va-

riados problemas relacionados con la vida y el bienestar humanos.

Ya es el clínico sagaz que trae a sus colegas el fruto de su diaria observación, que ratifica o rectifica los hechos recogidos por otros, y que va ampliando el conocimiento de la patología nacional. Ya es el cirujano digno de ese nombre que, pendiente de los progresos de la técnica, la demuestra con los resultados de sus intervenciones y no pocas veces introduce en aquella reformas trascendentales o idea nuevos procedimientos. Ora es el higienista que, poco a poco, va planteando y contribuyendo a resolver, con la experiencia del medio, los intrincados problemas de nuestra salubridad. Ora se trata del hombre de laboratorio, que aporta los frutos de su paciente labor para la comprobación o creación de métodos más adecuados; o el especialista que, también por su personal experiencia, contribuye al conocimiento más amplio de la importante rama que cultiva. Todos, semana a semana, trajeron y siguen trayendo a esta Academia el fruto de su amor a la ciencia y el resultado de su perseverante labor, con los que se ha estado y se sigue forjando uno de los más valiosos componentes de la cultura mexicana.

Porque, si puede discutirse que cada país tenga su ciencia, ya que esta no tiene límites ni fronteras, nadie podrá negar que cada pueblo debe aportar a ella su personal contribución, para darle el sello particular que le corresponde en el concierto de los investigadores de la verdad. Y México, afortunadamente, no se ha sustraído a este alto deber de civilización. Los recursos materiales han sido escasos; los hombres que se han dedicado a esos trabajos no son tan numerosos como en otros países de mayor progreso; los resultados de la investigación no guardan seguramente proporción con los alcanzados en ellos; pero sólo los que no creen en sí mismos ni saben valorar el esfuerzo que se hace a pesar de las dificultades reinantes, pueden afirmar que en nuestro país no se hace investigación científica. Para comprobar el error en que incurren quienes así piensan, están nuestras respetables sociedades científicas, está nuestra benemérita Academia, está nuestra tan discutida Universidad, están las numerosas publicaciones mexicanas, que son tan apreciadas en general por los estudiosos extranjeros. Los trabajos de esas corporaciones, que pueden parecer modestos al lado de los que pro-

ducen las que son más antiguas o tienen más recursos, son sin embargo motivo de satisfacción para nuestras sociedades y de justo prestigio para quienes los han realizado.

Este esfuerzo, que parece realizarse aisladamente, tiene como vínculo fuerte y fecundo el amor a la ciencia y al país, que alienta en la obra de nuestras agrupaciones culturales. Así se ha asociado siempre la Academia Nacional de Medicina al noble y continuado esfuerzo que, en bien de la investigación científica y por lo mismo de la cultura nacional, han venido y siguen realizando las ilustres corporaciones que se llaman la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Sociedad Científica Antonio Alzate, la Sociedad Mexicana de Biología y tantas otras, a las que, en esta solemne ocasión, recordamos con cariño, como paladines esforzados de la ciencia. Y también se asocia, de corazón, nuestra Academia a la Universidad, que, a pesar de lo que se repite con injusto tezón, no ha dejado de trabajar en la búsqueda de la verdad, sea por medio de la importante obra de sus catedráticos, que no han esperado contar con laboratorios magníficos, y a la no menos meritoria labor de sus graduados que, a través de la imponente serie de tesis de recepción profesional, han estado aportando su entusiasta contingente. También se siente unida estrechamente a los investigadores mexicanos que, sin otro estímulo que su deseo de colaborar en esta obra desinteresada, escudriñan en el silencio de las bibliotecas y de los laboratorios.

Precisamente para fomentar esta obra, que habrá de producir lisonjeros resultados en el ensanche del conocimiento, nuestra corporación ha venido celebrando concursos anuales, a los que convoca a los médicos mexicanos, que tienen así la oportunidad de poner a prueba sus cualidades de hombres de estudio y de ciencia, que no se contentan con el ejercicio honrado y difícil de nuestra noble profesión, sino saben, igualmente, ocupar algo de su tiempo en analizar y comprobar la obra de sus colegas, nacionales o extranjeros, y en trabajar en la investigación personal de nuestros problemas.

La Academia, consciente de las posibilidades de nuestro medio y con el fin de prestar servicios a quienes no tienen a su alcance una copiosa literatura médica, ha tenido a bien elegir como temas de estos importantes torneos científicos, unos que se

refieren a asuntos de particular interés para los facultativos mexicanos, y otros que, por su trascendencia general, merecen ser conocidos a través de la crítica y del juicio autorizados de los concursantes.

Tales concursos, que han constituido siempre una de las más valiosas modalidades de la acción académica, habían sido olvidados; pero nuestro nuevo reglamento los hizo surgir de nuevo y ya son cinco años en que nuestra Compañía invita a los colegas del país a prestarnos la valiosa contribución de su saber, de su experiencia y de su esfuerzo. Nuestras cinco convocatorias, distribuidas profusamente a través del territorio nacional merced a la bondadosa cooperación de los gobiernos de los Estados, de nuestras sociedades científicas, especialmente las médicas, y de cuantos simpatizan con esta labor, han tenido siempre acogida y, en esta noche, que por diversas razones ha de ser memorable en nuestros anales, venimos precisamente a reconocer de modo público y solemne los méritos de tres distinguidos colegas nuestros, a quienes, por circunstancias lamentables, pero que hoy corregimos, no se había hecho la necesaria justicia.

Y no parece ocioso que, en estos momentos, cuando se va a entregar a los triunfadores en los concursos de 1925, 1926 y 1927 la recompensa acordada, transcribamos aquí los fundamentos que para otorgarles el premio, valioso en su modestia, que la Academia les concediera, tuvieron en cuenta las respectivas comisiones dictaminadoras. El Dr. Mario Quiñones, premiado en el concurso de 1925, presentó un estudio sobre "La Insulina en el Tratamiento de la Diabetes" que mereció los siguientes comentarios justificativos: "Basta la enumeración de los títulos de los capítulos de esta memoria para poder comprender que este trabajo toca las cuestiones más interesantes desde el punto de vista científico, apoyando las cuestiones prácticas de técnica terapéutica en el estudio experimental. El autor no se ha limitado a hacer una recopilación de la literatura sobre la materia, labor que no sería despreciable, sino aun meritoria; ha hecho además observaciones clínicas valiosas y de ellas ha sacado un criterio firme y juicioso sobre diversas cuestiones que en el empleo de la insulina ha suscitado. Las observaciones clínicas son cuidadosas e implican una labor considerable, pues a más de la observación clínica abarca muy numerosos análisis de orina y de sangre. Con lo dicho bastará, agrega la Comisión, para significar

que, teniendo en cuenta las circunstancias del medio, en que los estudios de metabolismo están apenas llamando la atención de algunos contados observadores y donde no se cuenta con todo el armamento de laboratorio que sería de desearse, no puede exigirse más de lo que el autor ha hecho”.

Nuestro malogrado compañero el Dr. Juan Solórzano Morfín, presentó en el concurso de 1926 un trabajo sobre el “Tratamiento de la Uncinariasis”, que motivó, entre otros comentarios de los académicos que lo juzgaron, los siguientes: “El autor se revela desde luego como un profundo conocedor del tema desarrollado, puesto que ha vivido (digamos así) el problema de la uncinariasis en México, desde su cuna; le ha seguido paso a paso, ha luchado contra él en múltiples ocasiones, en no pocas quizá ha triunfado y, esto, empleando los métodos deficientes que antes se usaban; se ha dedicado al estudio de los métodos nuevos de diagnóstico y de tratamiento y no ha titubeado en ponerlos en práctica, con la firme esperanza de llegar a dominar la dolencia en plazo más o menos largo. La exposición de sus conocimientos ha sido metódica, procurando hacer resaltar los hechos importantes sin olvidar por ello a los de menor trascendencia. El trabajo, añade la Comisión dictaminadora, será leído con notoria utilidad por todos los médicos que se interesan por estos asuntos, ya que encontrarán en él numerosas enseñanzas, de las que algunas se hallan dispersas en los libros y otras sólo en dicho trabajo se encontrarán, pues son fruto de la experiencia y conocimientos de su autor.”

Por último, en el concurso de 1927, el Dr. Samuel Ramírez Moreno presentó un estudio sobre el “Tratamiento de la Parálisis General Progresiva”, que mereció, entre otras consideraciones de sus jueces, las que se transcriben: “El trabajo es un resumen sencillo, ordenado y cabal que satisface cumplidamente la intención del autor. Exhibe observaciones personales en número grande para nuestro medio, tanto en lo que se refiere a la frecuencia de la enfermedad como en lo que toca al acervo de casos susceptibles de ser conocidos por un médico; las considera en sus detalles clínicos y de laboratorio; las continúa el mayor tiempo posible después del tratamiento y expone con imparcialidad los resultados obtenidos. Se trata, pues, de una labor amplia, sostenida, propiamente científica —al plegarse a las exigencias de la investigación moderna— siempre sincera y, por

estas cualidades, seguramente fecunda y merecedora de encomio”.

Para quien conoce la severidad y la rectitud de los juicios de la Academia, que en estas tres ocasiones hizo suya la opinión autorizada de sus comisiones, los premios obtenidos por nuestros distinguidos y apreciados colegas no han podido ser más justificados ni más merecidos. Es que sus trabajos, a pesar de las condiciones difíciles de nuestro medio, llenaron los requisitos establecidos, por la labor que significaron, por el empeño que en ella se puso, por las cualidades de observación, de investigación y de crítica que la rodearon y por los servicios indudables que tales estudios habrán de prestar al médico práctico, que necesita que haya compañeros capaces de poner a su disposición las últimas adquisiciones de la ciencia y del arte de curar.

Celebremos, señores académicos, que por fin haya llegado este momento en que nuestra ilustre corporación realice el acto de justicia que había venido aplazando. Aplaudamos a nuestros colegas, que supieron triunfar en noble y culta lid, y consagramos un recuerdo cariñoso al que la muerte arrebatara tempranamente del seno de su familia y de sus amigos. Y celebremos, también, que nuestra Academia, que ha sabido siempre renovarse a través del tiempo y nunca ha dejado de contribuir al progreso de la medicina entre nosotros, siga demostrando cada vez con más brillo y con más empuje, que, lejos de ignorar o descuidar la investigación, la pone, también cada vez con más desinterés y más entusiasmo, al servicio de la ciencia y, por lo mismo, al servicio de la cultura y del progreso de nuestro México.

México, 7 de agosto de 1929.

Alfonso Pruneda,
Secretario Perpetuo
de la Academia.